

Ernesto Ardura

Por una Habana Mejor

(Diálogo entre Presuntos Urbanistas)

URBANISTA PRIMERA.—Me parece que estamos de plácemes los que soñamos con una Habana mejor, gracias a la creación de la Comisión Coordinadora del Urbanismo, que se está reuniendo periódicamente para resolver los problemas de dotar a nuestra Capital de las condiciones de pulcritud, belleza y elegancia de que tan necesitados estamos.

URBANISTA SEGUNDO.—Pero ¿cree usted que esa Comisión podrá desenvolver sus tareas sin que los intereses creados estorben su gestión hasta el punto de hacerla fracasar?

URBANISTA PRIMERA.—Aprecio mucho la labor que se ha propuesto la Comisión Coordinadora del Urbanismo, pero tengo grandes dudas sobre su éxito. Vea usted, ahora mismo la decisión de retirar los quioscos o puestos fijos tropieza con el obstáculo de los propietarios afectados, quienes se movilizan para frustrar esta medida. Sin embargo, si el interés de los comisionados no decae, me uniré a la anónima comisión de urbanistas honorarios para cooperar desinteresadamente a esa cruzada, ya sea apoyando sus campañas, ya ofreciendo mis modestas ideas para una Habana bella y verdaderamente alegre.

URBANISTA SEGUNDO.—A propósito del repetido calificativo de "alegre" a nuestra urbe, tan usado en periódicos, revistas y noticiarios cinematográficos, quisiera que aquí, entre nosotros, usted me dijera si en verdad advierte la alegría de nuestra Habana. En un noticiario vi el otro día cómo se ponderaba nuestra "Habana alegre".

URBANISTA PRIMERA.—Francamente, hay que sentirse muy tímido o ser un ermitaño que sólo se aventura a salir a la calle el 24 de diciembre para asistir a la Misa del Gallo, o bien un campesino de muy tierra adentro para que se encuentre alegre esta Habana nuestra. Podrá calificársela de ruidosa, de calcinante por su sol, peligrosa por su insoportable exceso de carruajes, pero nunca alegre. Nuestro sol pone al descubierto la decrepitud, suciedad o abandono de la inmensa mayoría de casas, calles, parques, aceras y portales. Hay que mirar hacia el cielo para que el diáfano azul de su inmensa bóve-

da nos consuele el espíritu y descanse nuestra vista de tanta desidia de aquí abajo.

URBANISTA SEGUNDO.—El diáfano azul, he ahí nuestra fuente perenne de alegría. Nuestra desidia de aquí abajo, he ahí la fuente perenne de nuestra frustración. Dice usted bien, mi amigo urbanista. Esta pretendida alegría habanera no se encuentra más que mirando hacia el cielo, o hacia el hechizante mar o tomándose unos cocteles en algún night-club. Lo demás, tiene un aspecto desolado de abandono, de superficial aturdimiento, hasta de mal gusto. En el ruido y el frenesí de nuestra ciudad, se ven las huellas profundas de ese primitivismo que todavía nos esclaviza.

URBANISTA PRIMERA.—Y ¿qué me dice usted de nuestros "alegres" cafés al aire libre? Yo los llamaría cafés de "aire enrarecido". Repletos de mesas, sillas, cercados ignominiosos, plataformas para charangas infernales, montaña de tarcos a la vista del público, en lugar tan céntrico como el Prado, frente al Capitolio, estorbando al transeúnte, que ya no sabe por dónde ni cómo caminar en esta Habana nuestra.

URBANISTA SEGUNDO.—Yo me imagino que esos cafés al aire libre, que usted define con tanta precisión, son una especie de burla o ironía a las puertas mismas del Capitolio, como para darle un tono de "mambo" a las solemnes y dramáticas deliberaciones del Congreso. Aquí, hasta el trabajo parlamentario se realiza entre los alegres sonos de la rumba, que envuelven como un coro lejano y feliz la euforia de los hemicielos.

URBANISTA PRIMERA.—Confusión, confusión en todo, mi casi amigo. Añada ahora a ese cuadro de baraunda el régimen anárquico del transporte. He visitado algunas capitales extranjeras y no es la interminable caravana de carruajes lo que las hace alegres, sino el público que transita a pie por calles y avenidas, en su mayoría correctamente vestido y no exento de compostura y señorío. ¿Por qué los habaneros estamos perdiendo este señorío que le prestaban el donaire y elegancia de las mujeres y la caballerosidad de los hombres? Se me ocurre que la ausen-

cia del sombrero en las primeras y la sustitución del saco por la guayabera en los segundos, rematadas por la agonía de un servicio de transporte abominable, puede ser la respuesta.

URBANISTA SEGUNDO.—Es lógico que no pueda haber señorío en el que se ve obligado a viajar en una de nuestras "guaguas". Supóngase usted una mujer con sombrero dentro del pequeño infierno de promiscuidad de esos vehículos, y tendrá la imagen exacta del ridículo. En cuanto a la guayabera, le ha dado usted por la vena del gusto al compañero Massaguer. Creo que sí, que se abusa demasiado de esta prenda informal de vestir. La presencia física del cubano es como su medio externo: con ese signo de descuido y de indiferencia, quizá con un concepto exagerado de la igualdad democrática. Aquí, con una guayabera, el más ilustre y el más ignorante se confunden en el mismo nivel y las "guaguas" se encargan de eliminar todo sentido de las jerarquías sociales.

URBANISTA PRIMERA.—Después de todas estas consideraciones, ¿cree usted que no hay arreglo posible para este sueño utópico de una Habana mejor? ¿Naufragará, como tantos otros esfuerzos, el que se ha impuesto con plausible empeño, la Comisión Coordinadora de Urbanismo?

URBANISTA SEGUNDO.—Pienso que no hay batalla perdida si se tiene buena disposición de pelea. El cubano es un pueblo muy inteligente. Sabe por lo regular lo que debe hacer, pero lo que le falta con frecuencia es la voluntad de realización. A veces, necesita de fuertes conmociones que lo despierten y que le hagan llorar. Cuando este pueblo llora es capaz de elevarse a lo sublime, si no cae en lo ridículo. Yo espero que la causa de una Habana mejor, de esa ciudad de belleza y señorío que usted ambiciona, triunfará al fin frente a la chabacanería y la sordidez imperantes. Pongamos fe en el empeño y ya usted sabe: la fe es la energía que mueve el mundo.

URBANISTA PRIMERA (Con un suspiro).—¿Que así sea!

(NOTA: Este artículo fue inspirado por una carta enviada bajo la firma de René del Valle, algunos de cuyos párrafos forman parte del diálogo).

M, ay 27/57

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA